

Los huéspedes de pago

Sarah Waters

Los huéspedes
de pago

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

The Paying Guests

Virago Press

Londres, 2014

Ilustración: foto © Everett Collection / Bridgeman Images

Primera edición: enero 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2017

© Sarah Waters, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7971-1

Depósito Legal: B. 24009-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*A Judith Murray,
con gratitud y amor*

Primera parte

1

Los Barber habían dicho que llegarían a las tres. Era como esperar para empezar un viaje, pensó Frances. Ella y su madre habían pasado la mañana pendientes del reloj, sin poder relajarse. A las dos y media, en un impulso de nostalgia, Frances había recorrido las habitaciones por última vez, supuso; desde entonces había aumentado el nerviosismo, que desembocó en un desinflamiento progresivo, y ahora, casi a las cinco, allí estaba otra vez, oyendo el eco de sus propios pasos y sin sentir el menor cariño por los espacios exiguamente amueblados, simplemente ansiosa por que llegara la pareja, por que se instalara y acabar con el asunto.

Estaba mirando a la calle desde una ventana de la habitación más grande, la que hasta hacía poco había sido el dormitorio de su madre, pero que ahora iba a ser el cuarto de estar de los Barber. La tarde era luminosa pero polvorienta. Ráfagas de viento levantaban volutas de polvo de la acera y la calzada. Las mansiones de enfrente emanaban un vacío dominical, aunque tenían ese aspecto todos los días de la semana. A la vuelta de la esquina había un gran hotel, y de vez en cuando pasaban por allí automóviles y taxis que iban o venían del hotel; a veces la gente paseaba por delante, como para tomar el aire. Pero Champion Hill, en conjunto, mantenía su aislamiento. Los jardines eran amplios, los árboles, frondosos. Nunca adivinarías, pensó, que el mugrien-

to Camberwell estaba allí mismo. Nunca pensarías que dos o tres kilómetros más al norte se extendía Londres, vida, glamour, todo eso.

El sonido de un vehículo le hizo volver la cabeza. Una furgoneta comercial se acercaba a la casa. No podían ser ellos, ¿verdad? Se esperaba la carreta de una empresa de transportes, o incluso que la pareja llegase a pie; pero sí, la furgoneta estaba aparcando junto al bordillo, con un chirrido horroroso del freno, y ahora veía las caras en la cabina, agachadas y levantando la vista hacia la suya: el conductor y el señor Barber, y entre ellos dos la señora Barber. Se sintió atrapada y al descubierto en el marco de la ventana, alzó la mano y sonrió.

O sea que ya está, se dijo sin perder la sonrisa.

No era como empezar un viaje, al fin y al cabo; era como terminar uno y no querer apearse del tren. Se apartó de la ventana, bajó a la planta baja y gritó lo más alto que pudo desde el vestíbulo hacia el salón: «¡Ya han llegado, madre!»

Para cuando abrió la puerta de la calle y salió al pórtico, los Barber ya se habían bajado de la furgoneta y estaban junto a la trasera del vehículo, descargando sus cosas. Les ayudaba el conductor, un joven con un blazer y una corbata de rayas, casi idénticos a los que llevaba el señor Barber, y con una cara parecida, estrecha, y el pelo sin brillantina, como de fin de semana, por lo que Frances tardó un momento en saber cuál de los dos era el señor Barber. Sólo había visto una vez a la pareja, casi quince días antes. Era una noche lluviosa de abril y el marido venía directamente de su despacho, con bombín y un impermeable.

Pero ahora recordó su bigote rojizo, el color rubio rojizo de su pelo. El otro hombre era más rubio. La mujer, cuyo atuendo, la otra vez, había sido sobrio y bastante anónimo, llevaba una falda con ribete y un jersey carmesí. La falda le llegaba sus buenos quince centímetros por encima de los tobillos. El jersey era largo y bastante holgado, pero revelaba de algún modo las curvas de su figura. Al igual que los hombres, no llevaba sombrero. Su pelo

moreno y corto, con un rizo hacia arriba encima de las mejillas y a lo chico en la nuca, le daba el aspecto de una curruca ingeniosa.

¡Qué jóvenes se los veía! Los hombres parecían más bien chicos, aunque Frances había calculado, en la visita anterior, que el señor Barber debía de tener veintiséis o veintisiete años, más o menos su misma edad. A su mujer le había calculado veintitrés. Ahora no estaba tan segura. Al cruzar las baldosas del jardín delantero oyó sus voces emocionadas, desprevenidas. Habían descargado un baúl de la furgoneta y lo dejaron inestablemente; al parecer, el señor Barber se había pillado los dedos debajo. «¡No te rías!», le oyó gritarle a su mujer, fingiendo protestar. Entonces Frances recordó su acento «refinado», la dicción de clase alta.

La mujer alargaba la mano hacia la de su marido.

—Déjame ver. Oh, no es nada.

Él retiró la mano bruscamente.

—No es nada ahora. Espera un poco y verás. ¡Dios, cómo duele!

El otro hombre se frotó la nariz.

—Mirad —dijo. Había visto a Frances en la puerta del jardín.

Los Barber se volvieron y la saludaron mientras terminaban de reírse, de tal forma que la risa, muy poco consoladora, se quedó como adherida a Frances.

—Bueno, ya están aquí —dijo, y se reunió con los tres en la acera.

Casi riéndose todavía, el señor Barber dijo:

—¡Sí, ya hemos llegado! Destruyendo ya la reputación de la calle, como ve.

—Oh, mi madre y yo lo hacemos.

Su mujer fue más sincera:

—Perdone que lleguemos tarde, señorita Wray. ¡El tiempo vuela! ¿Nos estaba esperando? Pensaba que veníamos de lo más recóndito de las Highlands o algo así, ¿verdad?

Llegaban de Peckham Rye, a unos tres kilómetros de allí. Frances dijo:

–A veces los trayectos más cortos son los más largos, ¿no?

–Sí, si los recorre Lilian –dijo el señor Barber–. El señor Wismuth y yo estábamos listos a la una. Le presento a mi amigo Charles Wismuth, que ha tenido la amabilidad de prestarnos la furgoneta de su padre para este día.

–¡No estabais listos para nada! –exclamó la señora Barber, mientras un señor Wismuth sonriente se adelantaba para estrechar la mano de Frances–. Señorita Wray, ¿no lo estaban, de verdad!

–¡Estábamos preparados y esperando, mientras tú todavía revolvías entre tus sombreros!

–De todos modos, ya están aquí –dijo Frances.

Quizá su tono fue algo frío. Los tres jóvenes parecían muy poco arrepentidos, y echando un vistazo a sus nudillos magullados el señor Barber volvió a la trasera de la furgoneta. Por encima de su hombro Frances vislumbró lo que había dentro: un batiburrillo de maletas repletas, un enredo de patas de sillas y mesas, un bulto tras otro de ropa de cama y alfombras, un gramófono portátil, una pajarera de mimbre, un cenicero de imitación bronce con un pie jaspeado... La idea de que todos aquellos objetos estaban a punto de ser trasladados a su casa, y de que aquella pareja, que no era del todo la misma que ella recordaba, que eran más jóvenes, más desenvueltos, iban a llevarlos dentro, y a instalarlos, y a asentar entre ellos su propio hogar, con todo desparpajo, la idea le produjo una palpitación de pánico. ¿Qué demonios había hecho? Era como si estuviese abriendo la casa a ladrones e invasores.

Pero no quedaba otro remedio, si la casa iba a seguir siendo habitada. Con una sonrisa resuelta se aproximó al vehículo con ánimo de ayudar.

Los hombres no la dejaron.

–Ni se le ocurra, señorita Wray.

–No, de verdad, no debe –dijo la señora Barber–. Lo harán Len y Charlie. Es poca cosa, en realidad.

Y bajó la mirada hacia los objetos que se estaban amontonando a su alrededor, dándose golpecitos en la boca con los dedos.

Frances recordó entonces aquella boca: una boca que, como ella habría expresado para sus adentros, parecía tener más por fuera que por dentro. Hoy tenía un toque de color que no había tenido la última vez, y advirtió que las cejas de la joven eran finas y moldeadas. Los detalles de elegancia la incomodaron tanto como todo lo demás, le hicieron sentirse una solterona, con su pelo recogido con horquillas, su silueta angulosa y su blusa remetida en la falda de talle alto, a la moda de la guerra, acabada ya hacía cuatro años. Al ver a la señora Barber con una batea de plantas de interior en brazos, torpemente ensartada la muñeca en el asa de un bolsón de rafia, dijo:

—Déjeme por lo menos que le lleve esa bolsa.

—¡Oh, yo puedo!

—Bueno, algo tengo que coger.

Finalmente, viendo que el señor Wismuth acababa de sacar algo de la furgoneta, cogió el espantoso cenicero de pie y atravesó con él el jardín delantero para mantener abierta la puerta de la casa. La mujer iba tras ella, subiendo con cuidado los escalones del pórtico.

En el umbral, sin embargo, titubeó, inclinada sobre los helechos en sus brazos para mirar el vestíbulo y sonreír.

—Es tan bonito como lo recordaba.

Frances se volvió.

—¿Sí?

Ella sólo veía la falsedad de todo aquello: las marcas y los desgarrones que ella había remendado y disfrazado; el hueco donde había estado la caja del alto reloj de pared, que habían tenido que vender seis meses antes; el gong de las comidas, lustrado con abrillantador, que llevaba años y años sin que lo tocaran. Al volverse hacia la señora Barber, vio que seguía esperando en el escalón.

–Bueno –dijo–, más vale que entre. También es su casa, ahora.

La señora Barber alzó los hombros; se mordió el labio y arqueó las cejas en una pantomima de emoción. Entró cautelosamente en el vestíbulo y su tacón topó en el acto con un azulejo poco firme del suelo blanco y negro que osciló bajo el zapato. Soltó una risa ahogada de turbación: «¡Ay, Dios mío!»

La madre de Frances apareció en la puerta del salón. Quizá había estado apostada dentro, reuniendo el entusiasmo necesario para salir.

–Bienvenida, señora Barber. –Fue a su encuentro, sonriendo–. Qué plantas más bonitas. Pata de conejo, ¿no?

La joven maniobró con la batea y la bolsa para poder tenderle la mano.

–Me temo que no lo sé.

–Creo que sí lo son. Patas de conejo; tan bonitas. ¿Han encontrado el camino sin problemas?

–Sí, ¡pero siento que hayamos llegado tan tarde!

–Bueno, por nosotras no importa. Las habitaciones no iban a marcharse. Tomarán una taza de té.

–Oh, no se moleste.

–Pero deben tomar una taza. Siempre apetece un té cuando te mudas de casa y nunca encuentras la tetera. Yo me ocupo mientras mi hija la lleva arriba. –Miró el cenicero con ciertas reservas–. Tú también les echas una mano, ¿verdad, Frances?

–Es lo menos, me parece, con la señora Barber tan cargada.

–Oh, no, no tiene que ayudarnos –dijo ella; y añadió, con otra risita–: ¡No esperamos ayuda!

Precediéndola en la escalera, Frances pensó: ¡Cómo se ríe!

Tuvieron que hacer un alto en el amplio rellano de arriba. La puerta a su izquierda estaba cerrada –era la del dormitorio de Frances, la única de allí que seguiría estando en posesión de ella y de su madre–, pero todas las demás estaban abiertas, y el sol de las primeras horas de la tarde, de un amarillo tan suntuoso como

la yema de un huevo, se colaba por los dos cuartos delanteros y casi llegaba hasta la escalera. Revelaba las desgarraduras de las alfombras, pero también la cera de los suelos Regencia, sobre los que Frances se había deslomado varias mañanas de aquella semana para sacarles un brillo de un oscuro color caramelo, y a la señora Barber le disgustó cruzar la madera pulida con sus tacones.

–Da igual –le dijo Frances–. Me temo que la superficie perderá pronto el brillo.

–No, no quiero estropearlo –respondió firmemente la otra, y depositó la bolsa y las plantas para descalzarse.

Dejó pequeñas huellas húmedas en la cera. Llevaba unas medias negras, más negras en los dedos del pie y en los talones, donde el refuerzo de la seda consistía en tiras de fantasía escalonadas. Mientras Frances se rezagaba y observaba, ella entró en la habitación más grande y la inspeccionó con la misma mirada inquisitiva y de admiración con que había contemplado el vestíbulo; sonriendo ante cada antigüedad que veía.

–Qué habitación más encantadora. Hasta parece más grande que la última vez. Len y yo nos perderemos aquí. Verá, en realidad sólo hemos tenido nuestro dormitorio en la casa de sus padres. Y su casa es..., bueno, no es como ésta.

Fue hasta la ventana de la izquierda, a la que Frances había estado asomada unos minutos antes, y levantó una mano para protegerse los ojos.

–¡Y mire qué sol! Estaba nublado la otra vez que vinimos. Frances por fin llegó a su lado.

–Sí, es la habitación donde más da el sol. Por desgracia no tiene muchas vistas, a pesar de que estemos tan altos.

–Bueno, se ve un poco, entre las casas.

–Entre las casas sí. Y si se mira hacia el sur, allí –señaló–, se divisan las torres del Crystal Palace. Tiene que acercarse más al cristal... ¿Las ve?

Estuvieron cerca una de la otra durante un momento, la señora Barber con la cara a un palmo de la ventana, empañando

el cristal con su aliento. Sus pestañas oscuras buscaron, y después se centraron.

—¡Ah, sí!

Parecía encantada.

Pero luego retrocedió y retrajo la mirada; y su voz cambió, se volvió indulgente.

—Oh, mire a Len. Sigue quejándose. ¡Qué enclenque! —Dio golpecitos en la ventana y llamó y gesticuló—. ¡Que Charlie coja eso! ¡Ven a ver el sol! ¡Lo ves? ¡*El sol!* —Dejó caer la mano—. No me entiende. Da igual. Qué divertido es ver nuestras cosas así, expuestas a la vista. ¡Qué pobre parece todo! Como un baratillo. ¿Qué pensarán los vecinos, señorita Wray?

¿Qué, en efecto? Frances veía ya la aguda mirada de la señora Dawson clavada en la calle, fingiendo que forcejeaba con el pestillo de la ventana de su sala. Y más abajo de la cuesta apareció ahora el señor Lamb, de High Croft, que se detuvo parpadeando ante las maletas llenas, los baúles de hojalata abollados, las bolsas, los cestos y las alfombras que el señor Barber y el señor Wismuth, por comodidad, estaban amontonando sobre la tapia baja de ladrillo del jardín.

Frances vio asentir con la cabeza a los dos hombres y oyó sus voces: «¿Cómo está usted?» El señor Lamb dudó, incapaz de situarles; quizá desconcertado por las rayas de las corbatas de su «club».

—Tenemos que echarles una mano —dijo ella.

—Oh, sí, ya voy —respondió la señora Barber.

Pero cuando salió de la habitación fue para deambular por el dormitorio contiguo. Y de allí se fue hasta la última de las habitaciones, el cuartito trasero que había enfrente de la alcoba de Frances, al otro lado del giro del rellano y la escalera: la habitación a la que Frances y su madre seguían llamando el cuarto de Nelly y Mabel, a pesar de que no lo habían ocupado Nelly ni Mabel ni ninguna otra sirvienta interna desde que finalmente, en 1916, atraídas por la fábrica de municiones, se fueron a trabajar en ella. Ahora la habían habilitado como cocina, con un

aparador y un fregadero, luz y un fogón de gas y un contador con una ranura para los chelines. La propia Frances había encolado el papel de las paredes; más que encerrarlo, había manchado el suelo del cuarto. El aparador y la mesa con tablero de aluminio los había subido de la recocina, un día en que su madre no estaba en casa para supervisar lo que hacía.

Se había esforzado en hacerlo todo bien. Pero al ver deambular a la señora Barber, tomar posesión, decidir qué cosas irían aquí, qué otras allá, se sintió extrañamente superflua, como si se hubiera convertido en el fantasma de sí misma. Dijo torpemente:

—Bueno, si tiene todo lo que necesita, voy a ver cómo va su té. Estaré abajo si surge algún problema. Es mejor que recurra a mí que a mi madre, y... Oh. —Se calló y se metió la mano en el bolsillo—. Más vale que le dé esto, ¿no?, no se me vaya a olvidar.

Sacó las llaves de la casa: dos juegos, atados con sendas cintas. Le costó entregarlos, depositarlos en la palma de aquella mujer, aquella chica; aquella más o menos perfecta desconocida que había cobrado vida gracias a un anuncio publicado en el *South London Press*. Pero la señora Barber recibió las llaves con un gesto, una inclinación de la cabeza, para mostrar que apreciaba la trascendencia del momento. Y con una delicadeza inesperada dijo:

—Gracias, señorita Wray. Gracias por hacerlo todo tan agradable. Estoy segura de que Leonard y yo seremos felices aquí. Sí, estoy segura. Tengo también algo para usted, por supuesto —añadió, mientras cogía las llaves para guardarlas en la bolsa. Sacó un sobre marrón arrugado.

Era el alquiler de dos semanas. Cincuenta y ocho chelines: Frances pudo oír ya el crujido de los billetes y el deslizamiento y el tintineo de las monedas. Trató de que sus rasgos adoptaran una expresión seria al tomar el sobre de la mano de la joven, y se lo guardó en el bolsillo de una forma negligente, como si a cualquiera, pensó, se le pudiera inducir a pensar que el dinero era una mera formalidad y no la esencia, el mísero meollo y la miga del asunto.

Abajo, mientras los hombres pasaban resoplando con una máquina de coser de pedal, se escabulló al salón sólo para echar una rápida ojeada al efectivo. Desgarró la parte pegada del sobre y... oh, allí estaba, tan real, tan presente, tan *suyo*, que sintió que sería capaz de acercar la boca y besarlo. Volvió a meterlo en el sobre y después casi atravesó brincando el vestíbulo y el pasillo que llevaba a la cocina.

Su madre estaba delante del fogón, retirando la tetera del hornillo con aquel aire agobiado que tenía siempre que la dejaban sola en la cocina; era como un pasajero de un buque siniestrado al que acabasen de despachar a la sala de máquinas para que controlara los indicadores. Entregó la tetera a la mano más firme de Frances y empezó a reunir las cosas del té, la jarrita de leche, el cuenco de azúcar. Puso tres tazas y platillos en una bandeja para los Barber y el señor Wismuth, y luego titubeó con otros dos platillos en alto. Cuchicheó a Frances:

—¿Tú crees que debemos tomar el té con ellos?

Frances también vaciló. ¿Cuáles eran las reglas?

¡Oh, qué más daba! Ahora habían cobrado el dinero. Arrebató los platillos de los dedos de su madre.

—No, no empecemos así. Si empezamos no habrá manera de acabar. Nos quedamos en la sala; que ellos tomen el té arriba. Les daré un plato de galletas para acompañar.

Quitó la tapa de la caja y metió la mano.

Una vez más, sin embargo, tuvo dudas. ¿Las galletas eran absolutamente necesarias? Puso tres en un plato y puso el plato al lado de la tetera; luego cambió de opinión y lo retiró.

Pero entonces pensó en la amable señora Barber, cuando había pisado con tiento el suelo encerado; pensó en los talones de fantasía de sus medias; y devolvió el plato a la bandeja.

Los hombres subieron y bajaron las escaleras durante otros treinta minutos, y durante un rato más se oía cómo desplazaban cajas y maletas, arrastraban y empujaban muebles y a los Barber